





ASEDIO EN LOS PIRINEOS

ENRIQUE SÁNCHEZ



LETRAS DE AUTOR

© Enrique Pablo Sánchez Mayoral

© Letras de Autor

Teléfono: 91 151 16 14

info@letrasdeautor.com

www.letrasdeautor.com

Primera edición: julio 2015

ISBN: 978-84-16362-51-6

Depósito Legal: M-24584-2015

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España — UNIÓN EUROPEA

Esta novela, a pesar de citar a determinadas personalidades, hechos históricos, instituciones y bandas delictivas; está aderezada con situaciones, circunstancias y personajes absolutamente ficticios; por lo que cualquier parecido que pudiera guardar con la realidad, deberá considerarse una mera coincidencia.

Con todo mi cariño, respeto y admiración a esos guardias civiles, policías, militares y funcionarios judiciales, que para cumplir la delicada misión que tienen asignada se ven obligados a dedicar mucho más tiempo y esfuerzos de los exigibles. Unos hombres y mujeres que, a pesar de asumir esos sacrificios y verse obligados a convertir en sufridas ofrendas a sus padres, esposas e hijos, frecuentemente tienen que soportar la ingratitud de la sociedad a la que protegen, o el descrédito que provoca el mal comportamiento de alguno de sus compañeros. Unos garbanzos negros que no pasan de representar un ínfimo porcentaje dentro de los referidos colectivos.



CAPÍTULO I

Al medio día del sábado, diecinueve de julio de mil novecientos noventa y siete, un sol de justicia estaba consiguiendo incomodar a los únicos tres seres humanos que podían divisarse junto a las limpias aguas que el río Tormes vierte en el embalse de Almendra; y Alberto Salgado, un bien parecido varón de raza blanca, treinta y ocho años de edad, ciento ochenta centímetros de estatura, fibrosa complexión y ondulado pelo moreno, decidió poner fin a la sesión de pesca, que junto a sus dos retoños estaba disfrutando en aquel tan extenso como solitario paraje salmantino, al que el arraigo familiar, su necesidad de sosiego y modesta economía, le hacían acudir cada año para pasar una buena parte de sus vacaciones estivales.

—¡Vamos chicos! Recoged los aparejos y démonos un chapuzón. ¿Os apetece? —Les preguntó.

—Sí, sí.— Le contestó a su padre Pilarín, una tan dócil como preciosa niña de ocho años, que ocupaba el último lugar del clan de los Salgado, mientras se apresuraba a enrollar en el carrete de su caña de pescar, el sedal que antes había liberado.

—¡Papá! Podemos clavar las cañas en el suelo y seguir pescando mientras nos bañamos.— Le propuso Tito, un despierto mozalbete de diez años al que la pesca conseguía cautivar.

—Tito, tú sabes que eso está prohibido.— Le recordó su progenitor.

—Pues claro.— Se apresuró a recordarle Pilarín.— La ley de pesca nos obliga a tener en todo momento las cañas al alcance de la mano.

—Eso ya lo sé.— Le replicó a su hermana el primogénito del clan.— Pero aquí no nos puede ver nadie. Además, aunque vengan los guardias civiles no nos van a decir nada. No ves que papá es sargento.

—Tito — pasó a corregirle su ascendiente — todas las personas deben cumplir la ley y los guardias civiles y sus hijos con más motivo aún, porque debemos dar ejemplo. Además, nos vean o no nos vean, nosotros sabremos que no hemos obrado bien y eso es lo que cuenta para tener limpia la conciencia.

—Ya, pero... — Quiso justificarse Tito.

—No Tito. Ya lo sabes. Saltarse la ley es... — prosiguió exponiendo el primer miembro del clan con la intención de convencerlo — como decir mentiras. Primero es posible que saques alguna ventaja, pero al final quedarás atrapado en ellas y lo pagarás muy caro.

—¡Pues claro! — Le apoyó Pilarín pasando a citar lo que le había escuchado decir a su padre en alguna otra ocasión.— Además saltarse la ley es hacer trampas.

—Eso es.— Ratificó Alberto para continuar formando a sus retoños.— Y haciendo trampas jamás podrás sentirte orgulloso de nada, porque en el fondo tú sabrás que lo que has conseguido no te corresponde. Te darás cuenta de que has robado esa victoria, y al final te remorderá la conciencia y te sentirás muy mal.

—Tienes razón papá — recapacitó el pequeño — yo no quiero ser un tramposo.

—Eso está mejor.— Aceptó su educador.— Pero además, si ya has pescado tres carpas...

—Sí, pero las hemos devuelto al pantano y quería llevarme una para echársela a los gatos.

—¡Ah! Pobrecitos. — Le apoyó su hermana.— Nadie les da de comer.

—Está bien.— Aprobó Alberto.— Pero no hace falta pescarla.

Una de las que hemos devuelto al río, está aquí mismo mal herida y ya veo que no se va a reponer. ¡Anda! Recoge los aparejos y ven a recuperarla.

Tito le hizo caso a su padre y poco después disfrutaba junto a él y su hermana de un divertido baño de treinta minutos en las tranquilas aguas del pantano. Alberto miraba la hora que señalaba su humilde reloj multifunción, y sin dejar de jugar arrastraba a sus dos retoños hasta la orilla. Les animaba a secarse y poco después, a iniciar el camino de regreso hacia El Manzano, el pueblo donde se encontraba la casa de los padres de su esposa, donde ya debía faltar poco para que ella y su madre, tuvieran dispuesto el almuerzo.

—¡Mamá! ¡Abuelos! — Gritaron los niños mientras empujaban la puerta que daba acceso a la vivienda y que como todas las del pueblo solía estar siempre abierta.

—¡Hola preciosos! — Les correspondió con idéntica alegría la abuela, una sexagenaria mujer a la que los ingentes sacrificios que se había visto obligada a realizar para sacar a sus nueve hijos adelante, no habían conseguido restar un ápice de la extraordinaria frescura de su rostro. — ¿Cómo estaba el agua?

—Fría.— Le contestó Pilarín.

—Muy buena.— Repuso Tito al mismo tiempo, apresurándose a lanzar la pregunta que estaba hirviendo en su mente— ¿Dónde está el abuelo?

—Por ahí adentro.— Le informó la mujer sin reparar en la llegada de su esposo; un hombre algunos años mayor que ella, cuyo porte tampoco parecía haberse resentido con los continuos esfuerzos que la vida le había obligado a hacer para mantener y dar estudios a su numerosa prole.

—¡Pero bueno! — Exclamó al punto el abuelo dispuesto a inter-

cambiar un cariñoso abrazo con sus nietos.— ¡Pero si ya están aquí los mejores pescadores del pantano! ¿Qué tal se os ha dado?

—Muy bien.— Le contestó Pilarín.

—Mira lo que hemos traído para echárselo a los gatos.— Le mostró Tito a su abuelo de inmediato.

—¡Caray! Se van a poner las botas.

—¡Pues venga! Echádselo ahora mismo, dejad las cañas de pescar en su sitio, lavaros las manos y ayudádnos a poner la mesa, que nosotros también vamos a comer.— Les ordenó Elena, su joven y encantadora madre, antes de responder con una sonrisa y un corto beso en los labios, al cómplice guiño de ojos que al cruzar sus miradas le había dedicado su esposo.— ¡Alberto, cariño! Tu teléfono como de costumbre. No ha dejado de sonar.— Le informó.

—Pues voy a ver quién ha llamado.— Repuso, al tiempo que se dirigía hacia el dormitorio principal de la casa, uno de los pocos lugares de la comarca donde los teléfonos móviles tenían algo de cobertura.

—Por favor cariño procura ser breve y a ver si hoy conseguimos comer todos juntos.— Le pidió su esposa temiéndose que alguna de las llamadas que había recibido le mantuviera ocupado algo más de lo esperado.

—¡Eso! — Añadió la madre de Elena.— Diles que ya está bien. Que te dejen en paz de una vez, que estás de vacaciones.

—¡Huy! Ya me gustaría a mí poder hacer eso, pero esto funciona así. Si quieres hacer buenos servicios has de estar siempre al pie del cañón.

—¡Chic! — Chascó el padre de Elena.— Para que después digan que los guardias civiles no trabajan.

Unos instantes después, Alberto visualizaba en su teléfono móvil las llamadas que había recibido.— ¡Vaya! También han lla-

mado de la oficina. Y dos veces nada menos. Pues mi teniente, lo siento por ti, pero te vas a tener que esperar.— Se decía disponiéndose a atender en primer lugar a los confidentes que desde diferentes puntos de la geografía española le habían telefoneado para comunicarle las informaciones que habían obtenido, transmitirle el resultado de las gestiones que, bajo su supervisión y en el marco de las distintas operaciones promovidas por la UCIFA (Unidad Central de Investigación Fiscal y Antidroga) habían realizado, o recibir sus instrucciones. Trataba con ellos minuciosamente los asuntos que les habían obligado a llamarle, telefoneaba a la Comandancia de Alicante para organizar un operativo que gracias a una de las informaciones que le habían transmitido, iban a intentar explotar durante la próxima madrugada y cuando ya habían transcurrido algo más de veinticinco minutos, se disponía a marcar el teléfono directo del despacho de su jefe.— ¡Bien! Veamos qué es lo que no encuentra hoy mi teniente.— Se decía mientras pulsaba el botón de llamada.

—¡Sí!

—A tus órdenes mi teniente.

—¡Caramba! — Exclamó el interlocutor apresurándose a bromear.— ¿Qué le pasa al sargento más eficiente de la Sección de Fuentes? — Preguntó consciente de que Alberto Salgado era el único agente con ese empleo encuadrado en el referido destino.— ¿Te aburres y has decidido renunciar a los doce días de vacaciones que aún te quedan por disfrutar?

—¡Si! En eso estaba yo pensando.— Le replicó Alberto con humor.

—Pues te advierto que tu teniente coronel y sobre todo yo, te lo ibamos a agradecer.

—¿Qué pasa? ¿Ha surgido algo importante?

—¡Bah! Nada que no pueda esperar a que regreses.— Le informó el teniente.— ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada. Como he visto que me has estado llamando...

—Yo no te he llamado.

—¡Ah! Pues alguien de ahí me ha llamado. Me sale el teléfono de UCIFA.

—¿Te paso con la centralita?

—No, mejor dile al guardia de la centralita que me llame, que luego dice el jefe que gastamos mucho en teléfono, pero antes voy a darte una buena noticia.

—Dime.

—He hablado hace unos momentos con “Esclusas”. ¿Sabes a quién me refiero?

—¿A tu nuevo “confite” (confidente) de Alicante?

—Eso es.— Le confirmó Salgado.— Me ha asegurado que la banda del Camaleón, piensa alijar mil kilos de hachís esta noche sobre las tres de la madrugada por las salinas de Santa Pola.

—¡Vaya! — Celebró el teniente.— ¿Le has pasado aviso a los compañeros de Alicante?

—Sí. — Le confirmó el suboficial.— Acabo de hablar con el sargento del GIFA (Grupo de Investigación Fiscal y Antidroga). Ese chaval tan majo que ya te comenté...

—¡Ah! Si.

—Le he propuesto que algunas horas antes tenga gente de uniforme dispuesta para cortar la carretera a ambos lados de las salinas, y ateniéndome a tus normas, que le haga creer al personal que va a intervenir, que se trata de establecer unos controles rutinarios a las afueras de Elche y Guardamar.

—Me parece muy bien. Así se reducirá el riesgo de filtraciones.

—A él también, así es que por eso no creo que vaya a haber ningún problema. Hemos quedado en que les hará llegar a los cuarteles de ambas poblaciones con la suficiente antelación para que los vigías de la banda no puedan detectarlos, y que les va a mantener

engañados y dentro del recinto hasta que yo le confirme que los traficantes han empezado a alijar la droga. A partir de ese momento se desplazarán a toda prisa hasta Santa Pola y cortarán la carretera de la costa en ambos sentidos.

—¿No habéis pensado invitar a la “fiesta” a la Guardia Civil del Mar?— Se interesó el oficial.

—Por supuesto que si. Hemos convenido que el teniente del GIFA le proponga al jefe del servicio marítimo de Alicante, que la patrullera ataque como máximo, a las cinco de la tarde en el puerto de Torrevieja, que le haga creer a todo el mundo, incluida la propia tripulación, que no tienen planes de zarpar hasta el día siguiente pero que el personal permanezca de retén hasta que comience la “fiesta”, momento en el que se hará a la mar por si es necesario cortar la huida a las lanchas de los traficantes o incluso abordar un supuesto barco nodriza que pudiera pulular por la zona.

—¿Y el personal del GIFA?

—El personal del GIFA, dejará los coches camuflados donde nadie pueda identificarlos y a pié, de paisano y empleando las debidas coberturas, realizará un discreto control sobre la carretera y los núcleos poblados más próximos a las salinas, y cuando empiece la “movida” se apresurará a entrar en acción.

—¡Bien! — Aprobó el oficial.— Me imagino que los del GIFA si estarán enterados de todo.

—Claro.

—¡Bufff! Demasiada gente al tanto.— Consideró el teniente.

—Sólo la imprescindible.— Le hizo ver el suboficial.— El personal del GIFA, sus mandos naturales, el jefe del servicio marítimo y como mucho el patrón de la embarcación.

—¡Bien! — Aceptó el oficial.— Esperemos que no haya ningún corrupto entre ellos.

—El sargento me ha dicho que pone la mano en el fuego por su gente.

—¡Pues nada! A ver si hay suerte y no se la quema.

—¡Joder Primitivo! — Le reprochó Salgado a su jefe con la confianza que éste le cedía. — ¡Pero mira que eres desconfiado!

—¡Ja! Ya sabes lo que dice el proverbio: Piensa mal y acertarás.

—¡Bueno venga! ¿Llamas al teniente del GIFA de Alicante y cambiáis impresiones?

—Ahora mismo.

—Estupendo. Y cuando se lo cuentes al teniente coronel podrías pedirle que llame al jefe de la comandancia de Alicante y le advierta para que tome precauciones y no permita que se entere nadie que no lo tenga que saber. Que no se cómo nos apañamos pero siempre pasa lo mismo. Los que tienen que actuar están en Babia, y el personal de oficina o los camareros del bar de oficiales al tanto de todos los detalles.

—Se lo diré, pero ya sabes como funciona la empresa.

—Claro. Otra cosa. — Reclamó Salgado nuevamente la atención de su jefe. — Mi teniente ¿serías tan amable de formalizar la propuesta de pago para “Esclusas”?

—¿No la dejaste tú preparada?

—No. La que dejé preparada fue la del camión de los mil quinientos kilos de resina de hachís que nos entregó el día dos.

—¡Ah! Si.

—¡Que por cierto! A ver cuando se le paga, que el hombre está más seco que la mojama.

—¡Bah! Dile que no tenga tanta prisa.

—¡Caramba! Que si el muchacho no trafica con droga, y trabaja para nosotros, de algo tendrá que comer.

—En cuanto lo autorice el general cobrará.

—¡Bueno! ¿Le formalizas esa propuesta mi teniente? Así no estaremos obligados a hacer constar en los radios, que el servicio tiene su origen en una confidencia.

—Cuenta con ello — se comprometió el oficial — y también

le reclamaré el premio que le corresponda si sale bien lo de esta noche. No sería justo retrasar esa petición hasta que tú regreses de vacaciones.

—Pues te lo agradezco. Y ahora si no quieres nada más, pásale aviso a la centralita para que me llamen.

—¡Pues venga! Y dile al que te ha llamado que no quiero que nadie te moleste. Que quiero que regreses fresco para que continúes haciendo buenos servicios desde la Sección de Fuentes.

—Se lo diré. A tus ordenes mi teniente.

—Un saludo para Elena y besos a los niños.

—Igualmente para Laura y las nenas.

Treinta segundos después el teléfono móvil de Alberto se dejaba escuchar en el dormitorio principal de la casa y él se apresuraba a descolgarlo.

—¿Sí?

—¡Mi sargento! — Le respondía una voz femenina al momento.

—¡Hola Lucía! — Identificaba Alberto al punto.

—A tus órdenes mi sargento ¿cómo van esas vacaciones?

—¡De vicio! Pero ya sólo me quedan doce días.

—Los mismos que a mi para cogerlas.

—Pues que a ti se te hagan cortos y a mi no me lo parezcan. ¡Oye! ¿Sabes quién me ha llamado?

—El capitán Chano. Está de jefe accidental de la UCIFA.

—¿Y qué quiere de mí?

—No lo sé, quería hablar contigo cuanto antes. Te paso ahora mismo con él.

—Gracias compañera.

—No se merecen. Felices vacaciones mi sargento.— Le deseó

la guardia segundo cortando la comunicación antes de que Alberto hubiera podido darle las gracias.

—¿Salgado? — Se dejaba escuchar poco después la voz del oficial. Un bastante joven y no menos abierto capitán de la escala superior, que destacaba por el excelente trato que solía dedicarle a sus subordinados.

—¡A sus ordenes mi capitán!

—¡Vamos a ver! Ante todo quiero que sepas que yo no tengo nada que ver con este “marrón”.

—¿Qué “marrón”?

—El que te vas a comer.

—¡Caramba! ¿Qué ha pasado?

—Aún nada, pero cuando te lo cuente lo mismo tengo que meterte un paquete, porque me imagino que te vas a acordar de mi padre.— Bromeó el oficial.

—Le prometo reprimirme, entre otras cosas porque al ser general su padre, el correctivo podría ser más gordo.— Le siguió la broma el sargento a pesar de la incertidumbre que sentía.— Así es que, cuente, cuente.

—Pues allá voy: Vete haciendo las maletas que el lunes a primera hora sales de viaje.

—¡Bufff! ¡Joooder! ¡Adiós vacaciones!

—¡Bueno hombre! Ya las disfrutarás más adelante.

—¡O no! Pero bueno y... ¿cómo es que mi teniente no sabe nada de eso? Acabo de hablar con él.

—Pues porque aún no se lo he dicho. ¡Miedo me da bajar a decírselo a él y sobre todo a tu teniente coronel! Me van a montar un buen pollo.

—No entiendo nada.

—Normal.— Se hizo cargo el capitán.— A mi me pasaría lo mismo. Te explico. Debe de haberse roto alguna pieza importante de la maquinaria del Estado. Los políticos le han encargado al ge-

neral jefe de la subdirección de operaciones que la arregle echando leches y él te ha elegido a ti para que lo hagas en su nombre.

—El general de operaciones. Pero... si yo no conozco a ese señor absolutamente de nada.

—Pues es evidente que él a ti sí. Al menos, después de que el teniente coronel que ha colocado al frente del operativo le haya pedido que te reclame para que montes la “fiesta”.

—¿Quién es ese teniente coronel?

—Don Fabián Fernández.

—¡Caramba! ¿”Doble Efe” vuelve a la operatividad?

—¡Efectivamente! El teniente coronel jefe de la plana mayor de Automovilismo.— Ratificó el capitán.— La cosa debe ser importante para que el mando haya decidido botar un buque insignia que estaba en dique seco. Tú le conoces ¿verdad?

—Pues sí, durante algún tiempo fue mi jefe de grupo en la USE (Unidad de Servicios Especiales).

—Pues no te debiste portar mal del todo, porque le han dado plenos poderes y eres el motor que ha elegido para componer su nuevo Rolls Royce.

—¡Ya!

—¡Anda! Llama a la subdirección de operaciones, ponte en contacto ahora mismo con él y que te sea muy leve. Mientras tanto yo les comunicaré a tus jefes la noticia.

—¿Podría pasarme con ellos?

—¿Qué quieres, advertir a tu teniente coronel para que cuando aparezca en su despacho me estén esperando él y tu teniente con la pistola en la mano? Suerte Salgado.— Le deseó el capitán antes de colgar.

—¡Joooder! — Refunfuñó el suboficial consciente de que el capitán había cortado la comunicación.— ¿Y usted qué quiere, que mis jefes me arranquen las pelotas por no avisarles? ¡Bufff! Con lo mal que se llevan mi teniente coronel y “Doble Efe”. Van a saltar

chispas cuando Forteza se entere de que su mejor “amigo” le ha “levantado” al único sargento de la Sección de Fuentes. ¡Mierda! Esto huele a guerra de titanes, y yo, un simple mortal, estoy en medio de los dos.

Alberto trató de ponerse en contacto con sus jefes naturales para comunicarles la noticia, pero unos teléfonos estaban comunicando y nadie atendía los otros, y al final decidió ponerse en contacto con Don Fabián. A fin de cuentas, él llevaba más tiempo esperando su llamada y ahora, le pesara a quién le pesara, ya dependía de él.

—¡Si!

—¡A sus ordenes mi teniente coronel!

—¡Coño Salgado! Ya era hora.

—Siento haberle hecho esperar, pero estaba fuera de casa y aquí no hay cobertura. Esto es la España profunda.

—Ya he tomado nota para cuando me quiera perder. Las Arribes del Duero. La tierra de tus antepasados.

—Los antepasados de mi esposa.— Le rectificó el suboficial.

—Osea que encima paga el suegro. Pues menudo chollo tienes ¿no? Un lugar ideal para pasar las vacaciones. ¡Bueno! ¿Cómo está la familia?

—Todos bien a Dios gracias, ¿y la suya?

—¡Bueno! Me siguen soportando, que a estas alturas no es poco.

—¡Ja!

—Yo también estaba de vacaciones.— Le aclaró el teniente coronel.— En mi Santander del alma.

—¡Caramba! ¿Tan grave es la cosa para que le chafen las vacaciones a un teniente coronel? — Planteó Salgado.

—Y a un general.— Le aclaró su interlocutor.— Porque Don Mauro también estaba de vacaciones en la costa.

—¡Vaya!

—¡En fin! Por una vez y sin que sirva de precedente te voy a poner al tanto de la situación a través del teléfono.

—Tampoco es necesario Don Fabián. Con que me diga cuando salgo de viaje, en qué medio me voy a trasladar y el lugar y los días que voy a estar fuera me basta. Es lo único que preciso para hacer los papeleos y el equipaje.

—Sales el lunes a las ocho, después de verme a mí, y del coche y los papeleos no te tienes que preocupar porque ya te los ha gestionado Manolo Bravo, que es el adlátere que te he conseguido; y para que veas el peso que tiene la operación “Stop”, en contra de lo habitual, no vas a tener que anticipar ni un solo duro de tu bolsillo para el viaje. Ya tienes aquí, a tu disposición, el ochenta por ciento de IRE (Indemnización por Residencia Eventual).

—Operación “Stop” ¡Vaya! — Celebró el suboficial pasando a valorar.— Osea que la cosa va para largo, porque si salimos con IRE...

—En principio no cuentes con volver a tu destino antes de fin de año y ahora escúchame que como te he dicho antes por una vez y sin que sirva de precedente te voy a revelar a través del teléfono de qué va todo esto.

—No es necesario. Ya me lo contará el lunes.

—Si es necesario porque quiero que te vayas estrujando los sesos en busca de estrategias. Además, en esta ocasión, aunque el teléfono estuviera intervenido no pasaría nada. Es más, hasta podría ser disuasorio hacerles saber a nuestros adversarios que la Guardia Civil piensa emplear sus mejores medios humanos y materiales para derrotarles.

—Como usted vea.

—Esta vez no se trata de terrorismo. Esto es diferente.

—¡Ah! Pues nada. Usted dirá.

—Pues vamos allá. Como tú bien sabes, de un tiempo a esta parte los contrabandistas andorranos no paran de sacar peligrosamente los pies del tiesto. Ayer, una de esas caravanas de coches todo terreno que a diario transportan el tabaco a toda leche por las carreteras españolas, provocó un terrible accidente en un pueblo de Lérida y el Gobierno, al fin se ha decidido a ponerles en su sitio.

—¡Ya! Y... ¿cual es el plan?

—Pues en principio una compañía de los GAR (Grupos Antiterroristas Rurales) ya se dirige hacia allí, con la intención de desplegarse a lo largo de toda la frontera hispano—andorrana.

—¡Caramba! ¿Vamos a asediar el país de los pirineos?

—Sólo hasta que logremos hacer entrar en razón a sus gobernantes. Tenemos que conseguir que dejen de apoyar el contrabando de tabaco.

—¡Bufff! — Sopló el suboficial consciente de que la meta no era nada fácil, para pasar a advertir a su jefe.— Don Fabián, en Andorra el contrabando de tabaco es el deporte nacional.

—Ya me han informado — le reveló el teniente coronel — pero estoy seguro de que entre tú y yo, podemos hacerles ver a esos “prendas” que es mejor que se dediquen a otra cosa.

—No sé. Ya me dirá lo que ha pensado.

—Pues que mientras los GAR les cortan el paso en la frontera, tú y el equipo que voy a poner a tu disposición les amarguéis la vida a esos contrabandistas en el resto de los frentes, y eso incluye los transportes dotados de doble fondo que asiduamente le deben estar colando al personal de la aduana de La Farga de Moles. Así es que ya puedes ir pensando cómo lo vas a conseguir.

—Pues espero que ese equipo sea bueno, porque la misión no es nada fácil.

—Soy consciente. Por eso voy a poner a tu disposición los mejores medios humanos y materiales.

—¿Cómo cuales?

—Pues... en principio, un cabo y seis guardias de tu “cuerda”, dinero para establecer un par de bases encubiertas por allí, unas buenas transmisiones, teléfonos móviles y, a estrenar — se preocupó de remarcar el jefe, seguro de que lo que iba a decir le iba a entusiasmar a Salgado — un potente todo terreno y tres turismos bien equipados. Así es que, llena la maleta de ropa si no quieres verte obligado a darle la vuelta a los calzoncillos. Esto va a ser algo parecido a una de esas largas campañas que pasábamos en el norte.

—¡Ja! — Sonrió el suboficial.— ¡Qué tiempos aquellos!

—Un poco lejanos.— Consideró el superior.

—¡En fin! Disfruta del fin de semana pero no dejes de pensar estrategias y el lunes hablamos.

—Don Fabián, ¿piensa decirle usted algo al teniente coronel Forteza o al teniente Primitivo?

—¡Ja! — Sonrió al imaginarse la sorpresa que debían haberse llevado los superiores de Salgado.— Ya deben haberse enterado. No obstante, llámales tú ahora y les dices que no cuenten contigo en una buena temporada, que te ha reclamado para una misión muy especial el general de Operaciones.

—Alguien se va a mosquear.

—¡Ja! — Se guaseó Don Fabián.— Pues que beba mucha agua. ¡Hasta el lunes Salgado!

—¿Ordena alguna cosa más? — Le formuló Salgado dando cumplimiento a lo dispuesto en el reglamento militar.

—¡Que seas muy feliz! — Le replicó el teniente coronel con su guasa habitual.

—A sus ordenes mi teniente coronel.

Salgado colgó el teléfono y mientras marcaba el número de su teniente, le escuchó preguntar a su esposa desde lejos si aún le quedaba mucho. Él le pidió disculpas y le animó a que fueran em-

pezando a comer sin él, disponiéndose a hablar con su inmediato superior, que en esta ocasión no tardó demasiado en contestarle.

—¡Si!

—A tus ordenes mi teniente.

—¡Ah! Eres tú.

—¿Os ha contado Chano que me han reclamado de la subdirección de operaciones?

—Sí. Menudo mosqueo tiene el jefe. ¿Desde cuando sabes tú que te iban a llamar?

—¡Pero coño mi teniente, parece mentira! Que yo no sabía que me iban a llamar. Me acabo de enterar hace unos instantes.

—Pues el teniente coronel piensa que tu antiguo jefe, te ha tenido al tanto desde el primer momento, y tiene un ataque de cuernos que no te lo puedes ni imaginar.

—¡Joder! ¡No, si ya sabía yo que se iba a liar la marimorena! Pues dile que yo me acabo de enterar y no tengo ningún interés en terminar mis vacaciones para afrontar una campaña que me va a obligar a estar un montón de tiempo fuera de mi casa. ¡Caramba! Si no quiere que me marche pues que le diga al general que aquí también hago falta y ya está.

—¡No! Si no te vas a marchar. La orden de Forteza es que sigas de vacaciones y no te incorpores a tu puesto hasta que las termines.

—¡Chic! ¡Joder! ¿Y qué hago con la orden del general, me la paso por el arco del triunfo? Chano me ha dejado muy claro que se había recibido esa orden en la Unidad.

—Aquí delante la tengo yo, pero tú continuas de vacaciones. Es la orden que te dan tus mandos naturales.

—¡Bufff! Tiene narices la cosa. Me chafan las vacaciones y encima me gano el mosqueo de mis jefes. ¡Sabes lo que te digo! Que lo arregléis vosotros. Si no queréis que me marche, decirle al ge-

neral que cambie esa orden y ya está. ¡Yo no puedo hacer otra cosa que obedecer!

—Pues obedecemos a nosotros.

—Tendré que obedecer al más caracterizado y ese, es nuestro general, así es que dejaros de historias, y si no queréis que me marche discutirlo con él.

—¡Continúa tus vacaciones! — Le reiteró el teniente de forma tajante.

—¡Chic! Mi teniente, yo voy a hacer lo único que puedo, que es hablar otra vez con Don Fabián para que me exima del compromiso, pero dile al teniente coronel que se mueva, porque me da que no lo voy a conseguir, y si él no logra que el general anule esa orden, el lunes a primera hora, a tu sargento Salgado no le va a quedar más remedio que marcharse de viaje por una larga temporada.

—Eso ya lo veremos.

—Pues eso quiero yo, ver lo que se dispone y tenerlo claro del todo.

—¡Bueno, venga! Phonea a “Doble efe” y a ver lo que consigues.

—Ya te digo yo que nada, pero lo voy a intentar para que veáis que yo no tengo ningún interés en participar en esa campaña. ¡Joder! ¡Menuda confianza me tienen mis jefes! — Se atrevió a reprocharles Salgado a sus mandos naturales.

—¡Venga coño! Llama de una vez a Don Fabián, a ver si se va a marchar a su casa. Que es sábado y ya es tarde.

—¡Joder! Parece mentira.— Le volvió a recriminar Salgado a su teniente con la confianza que le tenía, al mismo tiempo que desconectaba el aparato.

El disputado, y en aquellos momentos también valorado suboficial, telefoneó de nuevo a Don Fabián, le puso al corriente de la situación y le pidió que le eximiera del compromiso, pero sólo

consiguió que respaldado por la orden que había dado el general, se mofase abiertamente de sus mandos naturales. Salgado se puso en contacto nuevamente con su teniente, le comunicó el negativo resultado de la gestión y éste finalmente trató de sacudirse el problema, invitándole a hablar con su teniente coronel, quién lejos de mostrarse comprensivo o dispuesto a hablar con el general para hacerle cambiar de opinión, había preferido aferrarse a aquella terca posición que le obligaba a Salgado a desobedecerle abiertamente.

Disgustado por aquella desagradable situación, y el importante recorte que iban a sufrir sus vacaciones, Salgado se dirigió al comedor de la casa, rebuscando las palabras que debía emplear para que su esposa e hijos, consiguieran entender que una vez más, una fuerza mayor le obligaba a romper los planes que juntos habían realizado a lo largo del año para gozar de aquel esperado periodo de descanso, y también, que se iba a ver obligado a acometer una campaña que sólo le iba a permitir estar junto a ellos unos dos o tres días al mes, durante una larga temporada.

